

Lunes, 27 de julio 2020

“El amor no muere, mi amor de ti no se apartará, nada nos separará”

Jr 13,1-11 Me hizo ver que la soberbia no conduce a nada bueno.

Sal Dt 32,18-21 Olvidas al Dios que te engendró.

Mt 13,31-35 Hablaré de lo que estaba oculto desde la creación.

Jesús no nos dice qué es el Reino, sino a qué se parece. Parece como algo sin importancia, poca cosa, pero, cuando se deja crecer, si dejamos que se desarrolle en nosotros, sucede algo maravilloso. Dentro de nosotros nos cambia y nos hace ser lo que recibimos. No fuerza las cosas, sino que deja que tomen cuerpo. Deja que la palabra de Dios anuncie en ti ese reino de amor de Dios, dejando al Espíritu Santo que nos transforme en amor.

La Palabra sembrada en nuestra pobre tierra, en nuestra mente, seduce y fecunda nuestro corazón, y si nos dejamos, nos transforma en el mismo amor que recibimos.

El Señor, desde dentro, nos lleva a ser comunión, a ser fraternidad, a hacernos un solo Cuerpo. No son ideas ni compromisos ni prácticas lo que nos une al Espíritu de Dios, sino el dejarnos enamorar por él.

Lo que dificulta la llegada del reino es que: Rehúsan oír mis palabras y viven según la terquedad de sus corazones, sirven a otros dioses. Les voy a esconder mi rostro, a ver en qué paran. El Señor se sirve de circunstancias adversas para unirlos a él, con idea de que fuesen su pueblo, pero ellos no le oyeron. Es una generación torcida, sin lealtad.

Les hablaré de diversas maneras, para que vean lo que estaba oculto desde la creación del mundo.

La Encarnación es una ofrenda de eternidad. La Eucaristía es muy eficaz vivida en la relación con la comunión de los santos. En ella se esconde la divinidad y la humanidad de Jesús. En la cruz se crucificó la humanidad y en ella estaba escondida su divinidad. En Cristo Jesús, en su cuerpo mortal, habita la plenitud de la divinidad.

Sábado, 1 de agosto 2020

“Ofrece lo que eres con gozo y misericordia”

Jr 26,11-16.24 Me ha enviado a profetizar todo lo que habéis oído.

Sal 69,15-16.30-31.33-34 Le ensalzaré con la acción de gracias.

Mt 14,1-12 Él ha resucitado de entre los muertos, y por eso actúan en él fuerzas milagrosas.

Hasta los paganos reconocen que son obras milagrosas las realizadas por Jesús. Es verdad que no se explican si no proceden de fuerzas trascendentales. Sin embargo, no son obstáculo para perseguir y quitar de en medio a quienes las hacen.

Hay formas legales a la hora de actuar, pero puede que no sean legítimas. ¿Es que no lo vemos en algunas cosas que pasan a nuestro alrededor? Ya nos lo recuerda Jeremías: **mejorad vuestros caminos y vuestras obras y oíd la voz de vuestro Dios.**

Es a nosotros a quienes nos envía como a Jeremías para dar a conocer la verdad, a Cristo Jesús. Y aceptar las consecuencias: haced conmigo como mejor y más acertado os parezca. Sabiendo que Dios escucha a los pobres, no desprecia a que estamos atrapados en nuestra debilidad.

Desgraciadamente nos dejamos llevar por otras opciones y llegamos a cortar cabezas, comprometemos la misma vida de Dios. Con nuestro comportamiento, nuestras decisiones, ponemos en bandeja de plata las propuestas que el mundo nos ofrece y que son contrarias al Evangelio.

Si no fuera porque sabemos que nada ni nadie puede contra la Iglesia, estaríamos ante un anticipo del recoger su cadáver y sepultarlo, pues somos los mismos cristianos los que estamos favoreciendo su destrucción: Persecución de la Iglesia, aborto, eutanasia, familia, educación... ¿Dónde está nuestra fe? ¿En qué o quién creemos? Tendremos que ir a informar a Jesús, a ver qué le parece.

Miércoles, 29 de julio 2020

“Tú eres valioso para mí”

Jr 15,10.16-21 Tu palabra era para mí el gozo y la alegría de mi corazón.

Sal 59,2-4.10-11.17-18 El Dios de mi amor viene a mi encuentro.

Jn 11,19-27 Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.

Ante la queja el Señor nos ofrece su palabra: **Si te vuelves porque yo te haga volver, estarás en mi presencia; y si sacas lo precioso de lo vil, serás como mi boca.** No te dejes influenciar por otras realidades, otras atracciones, sino que seamos nosotros los que las superemos.

No tengamos reparo en enfrentarnos a esta sociedad tan desorientada, pues **“contigo estoy yo para librarte y salvarte”**. Que cada uno con el don que ha recibido, se ponga al servicio de los demás. Así Dios será glorificado por medio de Cristo Jesús (1P 4,10-11).

Sabemos que Jesús viene a nosotros cuando lo necesitamos, por eso necesitamos ir a su encuentro y no quedarnos en “casa”. Y reconocer que con su presencia es posible lo imposible.

Cuando Jesús vio la ciudad de Jerusalén lloró, cuando ve cómo los cristianos vivimos nuestra fe, ¿no va a llorar? Ojalá en este día conocieras también tú el mensaje de la paz y lo vivieras, pero tu orgullo no te deja verlo (Lc 19,41-42). Pon los medios para que tu hermano resucite. Da a conocer la Palabra y vívela, pues es Jesús el que resucita, el que da la vida de nuevo.

El que escucha la palabra de Dios y se deja impresionar, aunque esté separado de la verdad, volverá a la vida. Nos dice Jesús: El que cree en mí, no morirá jamás.

Es la fe puesta en Cristo Jesús la que posibilita el cambio. Protejámonos con el escudo de la fe (Ef 6,1-6). Y como nos dice en (Is 43,1-2): No temas pues yo te he redimido, te llamo por tu nombre, eres mío. Si pasas por las aguas, por dificultades..., yo estaré contigo.

El “te quiero” de Dios se llama Jesús. (Hb 1,1).

Jueves, 30 de julio 2020

“Ante la Palabra los ídolos se quedan en vanidades”

Jr 18,1-6 ¿No puedo hacer yo con vosotros lo mismo que este alfarero?

Sal 146,1-6 Mientras exista salmodiaré para mi Dios.

Mt 13,47-53 También es semejante el Reino de los Cielos a una red...

Pon en nuestros corazones el anhelo de servirte, para que te glorifiquemos en nuestros pensamientos y acciones, para facilitarte el trabajo del alfarero.

Te haré oír mis palabras, tú las meditarás y las pasarás al corazón para que salgan amorosas, tiernas, afectuosas, suaves, cariñosas.

Es fácil que, como somos tan cabezones, el cacharro que está haciendo en cada uno de nosotros se estropee, pues somos débiles y frágiles; y tendrá que insistir y volver a empezar para conseguir otro cacharro diferente, como mejor le parece al alfarero.

Ciertamente la palabra es predicada sobre muchos, pero unos la aceptan y otros no; unos dejan actuar a la gracia y otros no. A los que digan sí, les espera reinar con Cristo Jesús, pues el que se hace discípulo del Reino de los Cielos aprovecha lo nuevo y lo viejo, lo aprovecha todo.

El estómago recibe toda clase de alimentos, pero hay unos mejores que otros. El paladar distingue los sabores; del mismo modo el corazón prudente sabe discernir las palabras mentirosas (Si 36,18-19).

Este discernimiento nos lleva a tener que decidir. No es Dios quien excluye ni condena, somos nosotros en el uso de nuestra libertad, los que somos responsables de nuestras decisiones.

La palabra de Dios es alimento y fuente de vida. El alimento se entraña y se encarna, y al hacerse vida se comunica a los demás. Se transforma en la propia vida, se hace carne propia que transforma internamente. Se hace vida en lo cotidiano, nos seduce y anima nuestra libertad y solidaridad. La palabra de Dios es una y se ofrece a nuestra libertad para hacernos sus amigos y testigos (Sb 7,27).

Viernes, 31 de julio 2020

“La esperanza no se queda en el optimismo, mira la trascendencia”

Jr 26,1-9 Oyeron a Jeremías decir las palabras de Yahveh.

Sal 69,5.8-10.14 Por tu gran amor, oh Dios, respóndeme.

Mt 13,54-58 ¿De dónde le viene todo esto?

La predicación de la palabra de Dios suele llevar a la crítica, al desprecio, a la persecución... y a la muerte; pero esto ya nos lo dijo Jesús.

Nosotros mismos nos arrugamos ante situaciones en las que dar testimonio es un riesgo: a quedar mal, a que te cataloguen, te desprecien, te abandonen... Como decía Jeremías: soy para mis hermanos un extranjero, un desconocido; pero me devora el celo de tu casa, hay algo dentro de mí que no me deja estar callado y me expongo al menosprecio, al ridículo, al insulto.

Pero es la oración, mi relación contigo la que me impulsa a dar testimonio del amor que pones en mí. Es verdad que pones tus palabras en nuestra boca y la gente se extraña: ¿De dónde le viene a éste esto que nos dice?

Y también hay veces que a la pobreza del espíritu le añadimos la miseria del corazón y nos arrugamos. Por tanto, es cuestión de fe no de conocimientos.

Ante la duda de la razón, el corazón enamorado sigue anhelando amor, anhelante de vida eterna. Es el amor el que nos anima a creer, y la perseverancia consigue hacer presente a Cristo Jesús. Anhelante de amor se presenta Resucitado.

Señor, tú me sondeas y me conoces, sabes de mis necesidades de ti, no me dejes desamparado. Calma mi ansia de ti.

Nos ha creado con unos dones, unos talentos, y nos ha dado la libertad para que los desarrollemos (Lc 10,28). Y nos dice: Haz el bien y vivirás. Deja de vivir con quejas egoístas que van chirriando desajustes.

¡Cuidado!, a los que adoctrináis no los dejéis tirados.

Martes, 28 de julio 2020

“Dios no castiga, nos corrige porque nos ama.”

Jr 14,17-22 ¿Acaso los cielos dan de suyo la llovizna?

Sal 79,8-9.11.13 Vengan presto a nuestro encuentro tus ternuras.

Mt 13,36-43 Entonces despidió a la multitud y se fue a casa.

Da la impresión de que estas palabras de Jeremías se están reproduciendo hoy. Y aún nosotros mismos parece como que vagamos por esta sociedad sin saber qué hacer. No basta reconocer nuestras maldades, necesitamos volver a experimentar el gozo de sentirnos amados, para que nuestra fe reviva.

Jesús también necesitó descansar, pero aún en el descanso, aprovechó la ocasión para la enseñanza: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre, es la Palabra de Dios; el mundo, la tierra, nuestro cuerpo, la gente es la que la recibe. También los testigos de Jesús, por envío, nos capacita a ser buena semilla, son los que me siguen; la cizaña son los que se dejan llevar por el diablo, los que se separan del amor de Dios.

Al final de la vida se verán los resultados y los ángeles los recogen. Entonces, el Hijo del hombre, el amor encarnado, hará justicia y los justos, los que han vivido de fe en él, brillarán en el reino de su Padre.

Escuchad, oíd lo que dice la Palabra de Dios; escucha, para que tu mente entienda y tu corazón acoja el amor que Dios derrama sobre cada uno de nosotros. Recibe esa semilla y déjala germinar. Ya llegará el tiempo de rendir cuentas, de presentar cómo hemos vivido esta vida que se nos ha regalado. Ahora estamos en tiempo de elegir ser trigo o cizaña.

Mira, fíjate en lo que Cristo Jesús quiere hacer contigo para que tú se lo hagas a él en su Cuerpo. Te desposaré en fidelidad hasta ser uno, una sola carne, un solo Cuerpo con los demás.

Si el mensaje de perdón de Dios no fuera para todos los que se arrepienten, el mensaje de Jesús sería falso, y no lo es.

Domingo, 2, de agosto 2020

“Ni la muerte nos puede separar de su amor.”

Is 55,1-3 Oíd..., acudid...; venid..., comprad sin dinero y de balde...

Sal 144,8-9.15-18 Abres tu mano y nos sacias.

Rm 8,35.37-39 ¿Quién nos separará del amor de Dios?

Mt 14,13-21 Dadles vosotros de comer.

De nuevo Isaías nos recuerda la importancia de “escuchar”: Esto dice el Señor: ¿Por qué os afanáis en lo que no os acerca a mí? Comed y saboread mi Palabra que es lo que verdaderamente os hará felices. Inclínad vuestro oído, sed humildes, escuchad y viviréis. Así mi alianza se afianzará y la misericordia os alcanzará.

Porque, ¿quién nos puede separar del amor de Dios? Ni la muerte nos separa, pues Cristo Jesús nos ha rescatado, nos ha dejado traspasar su corazón: Padre, perdónales... Y si nos dejamos amar, su perdón nos alcanza.

Jesús nos enseña a estar en la Iglesia y a hacer desierto en nuestra mente, para que nos fijemos en él y nos dejemos alcanzar por su misericordia. Esto nos llevará a ser compasivos con los demás y darles lo que tenemos. Podremos ayudar con dinero o sin dinero, con nuestro tiempo, nuestra entrega..., pero no podemos dejar de dar aquello que vive nuestro corazón: a Cristo Jesús que nos hace hermanos.

Jesús siempre da gracias al Padre y mira a la gente. Es el amor encarnado del Padre que se enternece por sus hijos. Este amor alivia el sufrimiento y lo acompaña. Te ayuda a seguir siendo bondadoso porque la bondad habita en tu corazón. Para conseguirlo es preciso vivir la Palabra y entrar en la comunión, comer el Pan y orar. El Señor se encarga de hacer crecer, él es el que hace proezas. Haré con vosotros una alianza eterna y no cesaré de haceros bien. Pondré en vuestro corazón el temor de perderme, de alejaros de mí, para que no os apartéis de mí (Jr 32,40).

Pautas de oración

¿Quieres colaborar con Él?



DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES